

EL CORREO DE LA MODA.

Suplemento al Núm. 633.



MODAS DE CABALLERO.

La primavera que llamaba á nuestras puertas anunciándose ya con el perfume de sus primeras flores, se ha detenido en su carrera por el frio inesperado que ha sobrevenido, y la Moda que sigue el curso de las estaciones, y como ellas se adelanta ó retrasa, permanece estacionada y envuelta en los abrigos de invierno.

Sin embargo, así como la violeta se abre paso entre las escarchas, así una graciosa novedad en trajes de primavera se ha dado á luz entre los ampulosos y confortables de la estacion que termina.

Hablamos del airoso chaquet de las primeras figuras del figurin de hoy, y cuyo patron repartimos tambien con este número.

Dos son las formas que aparecen hasta ahora, y que merecen fijar nuestra atencion.

La primera tiene el aire de una americana. El cuello es bajo de pié, como de costumbre, y tiene cuatro centímetros de caída, pegada esta suavemente todo alrededor y con poca vuelta. El talle pasa de la cadera cuatro ó cinco centímetros, bastante estrecho el bajo de la falda: los costados son casi rectos, así como la costura del hombro: las aldetas tienen por detrás unos veinte centímetros esesados de largo: las carteras que marcan la abertura del bolsillo son estrechas y poco largas, y se colocan sobrepuestas á la altura del boton del talle: los delanteros van redondeados y no llevan mas que una carrera de botones puestos á cuatro centímetros del delantero: las solapas son cuadradas de punta, y tienen seis á siete centímetros de ancho, doblado completamente, un poco bombeadas de la parte inferior, lo cual permite ver completamente el cha-

Núm. 129.

leco, que se abotona hasta la corbata, presentando una anchura de pecho agradable á la vista: los picos del cuello, cuadrados igualmente, tienen dos centímetros menos de ancho que los de las solapas. Las mangas son anchas de codo y con la vuelta simulada por un picado ó por un galon: estos detalles de adorno siempre pueden variarse, segun el buen gusto del maestro. Esta prenda, aunque holgada, debe ajustarse bien al cuerpo. Los colores preferidos son el azul Marengo, el marron y el gris de hierro, y generalmente se hacen de paño fieltro ó de otra tela fuerte.

El otro género de chaquet á que nos referimos varia muy poco del que antecede, y no es menos elegante. El cuello es tambien bajo de pié, y tiene cinco centímetros de vuelta. El talle pasa de la cadera cuatro ó cinco centímetros, estrecho el bajo de la espalda. Las aldetas son un poco mas largas que las del anterior, y la cartera que cubre la abertura del bolsillo en el bajo del delantero es mayor tambien: los delanteros van redondeados y se sujetan entre sí por un solo boton, puesto en el bajo del chal: este dobla hasta bajo. Las mangas son anchas de codo y con la vuelta figurada. Algunos ponen el chal de terciopelo del color del paño, pero no es lo general: esta prenda se hace ordinariamente de paño oscuro, y se guarnece con un picado ancho ó un galon puesto á caballo.

Para traje de calle continúan el levita cruzado con dos carreras de botones, y el chaquet de vestir. Ni una ni otra prenda han sufrido modificaciones desde nuestras últimas Revistas.

Como sobretodo, el Paletot-caban que representa

la *fig. 4.^a* es el de mas novedad. Tampoco han variado sus detalles de lo que dijimos en Febrero. El delantero se abotona recto hasta arriba en una pestaña postiza, con una sola carrera de botones: el cuello es recto, tiene de cinco á seis centímetros de alto, y se abrocha con corchetes por delante. La pestaña que cierra la abertura del bajo de la espalda es añadida tambien.

El pantalon se hace por lo general ajustado, señalando la rodilla, y algunos los llevan hasta la exageracion: nosotros creemos que esto debe tener un límite, especialmente cuando no es para traje de etiqueta. Un pantalon estrecho es de difícil corte, y tiene necesidad de algunos retoques antes de quedar bien.

En los chalecos no hay variacion: muy abiertos los de etiqueta y completamente cerrados los demas: como género de capricho se llevan cruzados, con las solapas anchas, y en telas fuertes á cuadros blancos y negros.

MANUEL SUAREZ.

Explicacion del Figurin, núm. 195.

FIG. 1.^a TRAJE DE CAPRICO.—*Chaquet* de paño fieltro, color Habana, de hechura nueva, con aldetas cortas y la espalda estrecha del talle.

Pantalon ajustado, color gris-perla.

Sobretudo, oscuro (al brazo.)

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Chaquet*, de color marron, oscuro, con la solapa de chal, y anchas carteras en la falda.

Pantalon de mezcla.

Chaleco, de paño negro, cruzado, y con las solapas anchas.

FIG. 3.^a TRAJE DE CAPRICO.—*Chaquet* de paño fieltro azul. Es el mismo que el de la *fig. 1.^a*, visto por delante.

Pantalon, gris á cuadros.

Chaleco, cerrado, de la misma tela que el *chaquet*.

FIG. 4.^a TRAJE DE CALLE.—*Paletot-caban* de muleton, color de avellana claro.

Pantalon, de lasting negro.

FIG. 5.^a TRAJE DE LACAYO.—*Chaquet* de paño negro.

Chaleco de grana.

Pantalon de ante blanco, ajustado.

Botas de campana.

FIG. 6.^a TRAJE PARA NIÑO.—*Chaqueta* de terciopelo negro, con un adorno doble de trencilla puesta lisa todo alrededor.

Chaleco de la misma tela y adorno.

Calzon ancho, tambien de terciopelo.

Medias blancas.

Botas á la rusa.

Sombrero de fieltro gris.

FIG. 7.^a TRAJE DE CALLE.—*Gaban* de paño, marron, con el cuello y solapa de terciopelo del mismo color. Toda la prenda va orillada del mismo terciopelo.

Pantalon, color de avellana.

El patron que acompaña á este número corresponde á la segunda figura del figurin que repartimos con este número. Es de chal, de talle largo, y estrecho el bajo de la espalda.

Este chaquet es un traje gracioso de primavera, y creemos que nuestros suscritores nos agradecerán que nos anticipemos á darlo. Su patron está cortado con precision para un hombre de estatura regular, de porte recto, y que da la medida de 46 en lo alto y 40 en el bajo. Se entiende mitad de grueso.

Las piezas de que se compone son las siguientes:

1. Delantero.
2. Espalda.
3. Costadillo.
4. Falda.
5. Cartera de idem.
6. Cuello.
7. Manga.

LA VERDADERA GRANDEZA.

El perdon de las injurias es sin duda ninguna una virtud; pero el pagar con bien el mal que nos han hecho, es un acto heróico, superior á todo encarecimiento. Un agravio, es la verdadera piedra de toque del alma, y nada prueba mejor sus nobilísimos quilates que la generosidad con que acude á socorrer á su enemigo, si por acaso se halla en la amargura.

Por esto el que vino á iluminar con una luz tan suave el imperio moral del universo, no cesaba de repetir á sus discípulos:

« Si os ha ofendido vuestro hermano, perdonadle no solo siete veces, sino setenta siete veces.»

« Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de ser dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol para los buenos y para los malos, y caer la lluvia para los justos y los injustos.

El Santo Cordero inmaculado, no solo se limitó á dar estos piadosos consejos, sino que los selló con su divino ejemplo, y una de las últimas palabras que pronunció en el Gólgota, fué de perdon para sus verdugos.

Algunas bellísimas almas, sin embargo, presintieron y adivinaron el suave dogma que debia venir á regenerar la tierra, y la antigüedad nos ofrece mas de un ejemplo de esta virtud magnánima y sublime.

Una de estas almas privilegiadas, fué la de Demóstenes, que despues de haber vencido á su rebelde naturaleza, que parecia oponerse tenazmente á que brillase como orador, supo alcanzar otro y mas completo triunfo sobre sus pasiones.

Hallábase en todo el apogeo de su gloria, cuando un ciudadano de Atenas, llamado Cesifon, propuso que se le otorgase una corona en premio de los servicios que habia prestado á la Grecia. Oyó la proposicion Eschino, otro orador, mas célebre por la envidia que alimentaba contra Demóstenes que por su propio mérito, y ciego de cólera, no solo la combatió rudamente, sino que se propuso no perdonar ningun medio para que quedase sin efecto. Y así lo hizo: viles manejos, bajas y sórdidas intrigas, negras calumnias, todo lo puso en juego para desacreditar á su enemigo.

Pero los Atenienses le adoraban, y Eschino tuvo por fin que arrojar la máscara, y oponerse abiertamente al triunfo de su rival, á cuyo fin no solo deprimió sus brillantes hechos en favor de la patria, sino que hasta se atrevió á acusarle de traicion y cobardía.

Inspirado por sus celos, habló con tanta elocuencia, que casi hizo nacer la duda en el ánimo de los circunstantes; pero Demóstenes, tomando su propia defensa, se levantó á contestarle, y así como los rayos del sol ofuscan el brillo de las estrellas, así su palabra fácil y elegante destruyó todo el efecto de las venenosas palabras anteriores.

El discurso que hizo con este motivo fué su famoso discurso *Pro-corona*, no menos conciso, no menos enérgico y sublime que sus *Filípicas* y *Olinhienas*.

En su consecuencia, Eschino, convencido de calumnia, fué condenado al ostracismo.

Partió el triste de Atenas, solo, con escaso dinero, cubierto el rostro de vergüenza, lleno de ira el corazón. ¡Sus amigos le habian abandonado, el pueblo al pasar le escarnecía!

Llegó á Rodas; llegó á la bellísima isla en donde Flora ha establecido su Imperio, en donde los plácidos y amantes cefirillos juegan constantemente con las hojas de los naranjos y los limoneros, con las blancas flores del almendro ó los dorados frutos de la higuera. Pero para saborear los encantos de la naturaleza se necesita un espíritu tranquilo: el alma del hombre es un espejo, que si está limpio, refleja toda clase de imágenes graciosas, si está empañado, lobreguez y confusas sombras.

Eschino huía de los valles perfumados, de las alegres laderas, cubiertas de aquellas vides que producian los aromáticos licores tan estimados de los antiguos, y se internaba en los bosques de encinas y de abetos, en donde podia sin ser visto de nadie entregarse á los arrebatos de su impotente furia. ¡Oh, cuántos planes forjaba entonces para vengarse de su rival, planes concebidos y desechados en el mismo instante!

Pero entretanto pasaban los días, pasaban aunque fuesen lentos, amargos y dolorosos, y érale preciso abandonar aquella isla hospitalaria. Érale preciso ir á refugiarse en algun rincón de tierra salvaje, en donde el aura de la Grecia no refrescase su frente, en donde los ecos no llevarán á su oído las palabras sonoras y cadenciosas con que sus padres le habian mecido en la cuna!

¡Oh, dolor inmenso del destierro! ¡Sólo tú puedes revelar al hombre, por qué aquí gime y suspira sin reposo! ¡Ay, gime y suspira sin reposo, porque está desterrado de su patria, que es el cielo!

Una mañana, el errante peregrino, al trasponer una eminencia, divisó el famoso Coloso, hecho por Chares, discípulo de Lisipo, que servia de adorno al puerto de la Isla.

El Coloso, que era todo de cobre, gravitaba sobre dos rocas, situadas á bastante distancia la una de la otra, y tenia entre sus manos un faro para servir de guía á los navegantes.

Por debajo de sus piernas pasaban ó se mecian sobre las azules ondas las naves empavesadas de todas las naciones de la tierra, que iban á rendir homenaje á la Isla encantadora.

Eschino, insensible á los atractivos de la naturaleza, lo fué tambien á los del arte, y sin fijar apenas su vista en el Coloso, se sentó en la playa, y se cubrió la cabeza con el manto.

Pasaron unas tras otras las horas, y llegó la noche. Aunque era de noche, soplaban tan mansamente el aire, que una de las naves resolvió darse á la vela.

Eschino quiso embarcarse en ella, pero fué rechazado, porque no tenia dinero con que pagar su pasaje. Entonces el infeliz exclamó con voz doliente mesándose el cabello:

—¡Ay, desdichada suerte la mia! ¡Mal haya, mal haya aquél que me ha hundido en el piélago de tantas amarguras!

Habíase cubierto el rostro con las manos al lamentarse de este modo, y no habia visto que una nave tocaba al puerto; no habia visto á un hombre que descendia de la nave, y solo volvió en sí de su estupor al sentir que aquel hombre le estrechaba amorosamente entre sus brazos.

—¡No te aflijas Eschino, le decia, con dulce y trémulo acento, no te aflijas, aquí estoy! Gracias á los Dioses inmortales he llegado á tiempo!

Eschino le miró asombrado: el que le hablaba era su rival, era Demóstenes, era aquel sobre cuya frente acababa de pedir la maldicion divina!

Demóstenes prosiguió, fingiendo no observar su turbacion, y entregándole una cajita de ébano.

—He corrido en tu seguimiento: te traigo cuanto oro poseo: cuánto he podido reunir, fruto de mis vigiliass! Parte y sé feliz, Eschino, que yo te juro por los Dioses trabajar sin descanso hasta que las puras auras de Atenas puedan volver á orear tu frente! Olvida lo pasado: ámame como yo te amo: parte, y sé dichoso!

Calló Demóstenes, y Eschino se arrojó en sus brazos, transportado de entusiasmo.

¡Oh! quien los hubiera visto á ambos estrechamente abrazados, derramando las lágrimas de la caridad el uno, de la gratitud el otro, ¿hubiera acaso podido dudar de que el hombre es hijo de Dios, y participa de su misma esencia?

Eschino se arrojó en la nave, que ya se balanceaba al impulso de los ágiles remeros, y de pié sobre la popa, dijo á su rival, que permanecía en la playa, estas palabras que nos ha conservado la historia.

—¡Ah, cómo no he de echar de menos una patria en donde dejo enemigos tan generosos, que es imposible que halle en otro país amigos que los igualen!

Ahora bien: ¿no es acaso este magnánimo rasgo de Demóstenes, superior á todos los discursos que han inmortalizado su nombre?

A. G.

EL SILENCIO.

Dicen, lectores míos, que el silencio es una cosa invisible que escribe su nombre bajo las bóvedas de los claustros, sobre las arenas de los desiertos y en la morada de los que ya no existen. Allí la soledad es eterna, y en la soledad no puede nunca haber ruido. El silencio, por consiguiente, es el mejor amigo de la soledad.

El discurso mas notable del orador mas eminente, nunca seria bien escuchado, si al empezar las primeras palabras no hubiesen exclamado casi todos los que componen el auditorio: ¡Silencio!

Infeliz del artista que se presente al público sin que haya resonado un silencio entre los espectadores. Aquello querrá decir: «Habla, público, habla, porque lo que escuchas nada te interesa.»

En este siglo del charlatanismo, de los fósforos de Cas-cante, y del vapor, todos hablan mucho, y lo raro es que todos se imponen silencio.

¿Tratais de amores? ¡Silencio! esclamará ante vosotros un pobre diablo, para que escuchéis mas absortos el origen de una pasión y el desenlace de un desmayo al resplandor de la luna.

¿Hablais de guerras? ¡Silencio! os repetirá un antiguo veterano, para que prestéis atención al número de sus cicatrices, y para mentiros al referir los percances de una noche en el campo de batalla.

¿Hablais, por último, del tiempo, del calor ó del frío? ¡Silencio! os replicará, meditando, un filósofo profundo; el tiempo es aire; el calor un fósforo; el frío una gota de agua convertida en nieve.

El silencio es el prólogo de la importancia de todas las cuestiones. El silencio impuesto antes de una conversacion, siempre nos arrastra á lo desconocido y á lo nuevo.

Existe tambien, lectores míos, un silencio que nos lo impone muchas veces la voz secreta de nuestra alma, y que es, sin duda, el silencio que vosotros podreis comprender mejor.

¿No habeis estado nunca enamorados? ¿No habeis vertido una lágrima de ternura y de dolor sobre la frente de una madre enferma? ¿No habeis visitado alguna vez la mansion de un moribundo? ¿No os habeis arrebatado ante el espectáculo magnífico del mar, y conmovido ante la deslumbradora imágen de la virtud?

Pues bien: el amor no quiere ruido; busca la soledad, y hasta el aire que gira junto á dos que se aman parece que murmura: ¡Silencio!

Este silencio nace de nosotros mismos.

Sonrisas, miradas perdidas, suspiros de fuego, lágrimas, promesas, esperanzas; hé aquí el lenguaje de los enamorados.

Este lenguaje no se escucha. Se vé, se cambia, se adivina.

Hay una madre que duerme postrada en el lecho de la agonía.

Llamad á su hijo y le vereis enmudecer, para no turbar su sueño. Este silencio brota de lo mas profundo del corazón, engendrado por el cariño.

¡Qué hermoso es, mis queridos lectores, el silencio de una madre que duerme, y el de un hijo que vela su sueño! Acercáos al lecho de un moribundo, y decidme luego si la meditacion y el respeto no os hacen callar.

El estertor de su agonía, que es el último eco de la existencia, nos impone silencio.

Nadie se atreve á hablar cuando la muerte habla. Al lenguaje de la muerte solo puede responder el sacerdote con el acento inspirado por Dios; con su frente iluminada por un reflejo celestial; por la aureola divina de las virtudes.

Este es el mas solemne y misterioso de todos los silencios.

Las virtudes nos estasian, nos admiran, y el éstasis y la admiracion son mudos.

Silencio! Hé aquí muchas veces la verdadera elocuencia!

¡Silencio! Hé aquí la incomprensible palabra de nuestros días!

Dicen que el símbolo del silencio es una tumba.

El silencio, sin embargo, tiene tambien ruido.

Escuchad los últimos rumores de la caída de la tarde, entre las yertas tapias de un panteon, donde yacen los nichos abiertos que nos esperan, como las bocas de grandes monstruos para devorarnos; observad el movimiento cansado de las ramas de los sauces, que se inclinan, como gé-nios de la melancolía sobre la losa de una sepultura; bañad vuestra alma un instante en ese misterio inesplicable de la luz que se va entre la sombra que se acerca, para deramar el luto de la noche sobre las calles de los sepulcros.

¡Última luz! sol que arde

Del ocaso en el imperio;

¡Que triste está el cementerio

Cuando declina la tarde!

Gimen al pié de la cruz

Los cipreses que aquí moran,

Y hasta los sepulcros lloran

Cuando desmaya la luz.

En toda esta lúgubre vaguedad de la tarde que espira, existe, indudablemente, el ruido del silencio; de ese compañero de las tumbas, de ese amigo inseparable de la soledad.

Cuando se habla en el cementerio nos responde un eco. Este es el eco del silencio.

Ante un sepulcro todos callan, porque ante el sepulcro todos meditan.

Las únicas que viven y aman en silencio son las flores. Por eso viven tan dichosas.

¡Silencio! Este es el lenguaje del alma!

¡Silencio! Este es el lenguaje de la meditacion!

A. F. G.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.